

## EL COLAPSO DEL LIBERALISMO INGLÉS

«Creo que las perspectivas de mejora para la cepa humana no dependen tanto de estimular los éxitos como de esterilizar los fracasos»<sup>1</sup>.

Expresamente reñido con venganzas, el colectivismo británico floreció en los años veinte y treinta a través de Owen, Thompson y la Sociedad Cooperativa de Londres —bastante antes de que Bakunin, Engels y Marx formularan caminos más combativos en esa dirección—, y tras su gran éxito inicial con la GNTCU owenita desembocó en los «años del hambre»<sup>2</sup>. A partir de entonces un recurso creciente a la negociación colectiva allanó los obstáculos opuestos a un sindicalismo de corte tecnocrático, simbolizado por confederaciones tan poderosas y políticamente neutras como la Junta, cuyos líderes —gracias entre otras a la iniciativa de Stuart Mill— se irán incorporando al Parlamento por el procedimiento de ser incluidos en ternas del Liberal Party. Ese fue el caso de Odger, presidente de la primera IWA.

Un hecho paralelo, e influyente en las relaciones laborales, fue que el escudero y amigo de Cobden, J. Bright, propusiese en 1859 a los Comunes dejar de derrochar en armamento y fortificaciones temiendo una invasión francesa, cuando era más económico y satisfactorio para ambos países firmar un tratado de libre comercio. Aunque enfureciese a proteccionistas de ambos países, el respaldo de Gladstone y Napo-

<sup>1</sup> H. G. Wells, en una conferencia de 1904; cf. Cole, vol. VI, pág. 201.

<sup>2</sup> Véase antes, pág. 247.

león III permitió firmar al año siguiente el acuerdo llamado Cobden-Chevalier<sup>3</sup>, piedra miliar del derecho internacional moderno y origen del acercamiento entre dos potencias enfrentadas desde 1337<sup>4</sup>. Quince años antes Cobden y Bright habían logrado derogar las tarifas que encarecían el grano, y hasta finales de siglo ninguna actitud disfrutó de un apoyo electoral y popular comparable al principio económico del cambio libre, combinado con el principio social del «armonismo».

Ambos pensaban que la bifurcación del trabajo en empleadores y empleados no era algo arbitrariamente decidido por cada medio sino resultado de una diferencia en alta medida psicológica. Pronto o tarde trabajará por cuenta propia quien cuente con el llamamiento (*call*) a una profesión, que le permitirá esforzarse incansablemente sin experimentarlo como labor ingrata. Quien no cuente todavía con esa inyección de entusiasmo se ganará la vida de manera más renuente e incómoda; pero en sociedades industriales el trabajador vocacional solo necesita no ser obstaculizado por monopolios y subvenciones discriminatorias para crear abundante trabajo por cuenta ajena, y lo armonioso de dicho sistema social reside en que a la larga uno pueda optar por las responsabilidades del llamamiento o por una existencia independiente de ellas, donde la satisfacción fundamental resida en el ocio o cualquier otra cosa<sup>5</sup>.

Sobra aclarar que lo evidente para la Escuela de Manchester no lo es para el proyecto comunista. El armonismo representa para Marx la quintaesencia de la mistificación, que «trafica con la renuncia y la cruel competencia», aunque tiene tal arraigo en el país que Engels y él acababan depositando sus esperanzas en cualquier otro punto del planeta. A confirmar esa impresión contribuye que los únicos marxistas ingleses

<sup>3</sup> Chevalier, el negociador francés, fue un ingeniero y economista sansimoniano. Considerando la tradición «romance» —común a pueblos como el portugués, el español, el italiano, el griego y el francés— acuñó las expresiones «Latinoamérica» y «Europa latina» para distinguirla de la «teutónica», la «eslava» y el bloque «anglosajón».

<sup>4</sup> Se dice que el emperador recibió la propuesta diciendo: «Me cautiva y halaga la idea, por más que en Francia sea muy difícil; aquí hacemos revoluciones, no reformas». Cf. Morley, 1905, pág. 711. Sobre los efectos prácticos del Tratado, véase antes pág. 269.

<sup>5</sup> Salvo error u omisión, ni Cobden ni Bright repararon en el nexo de su *call* —el *Beruf* de Weber— con lo expuesto por la *Ética* de Spinoza, cuando alude a las ventajas de amar algo sin pedirle que nos ame, como exige cualquier objeto ligado al conocimiento.

conocidos suyos sean seguidores fraudulentos y contraproducentes para la causa, a su modo de ver<sup>6</sup>. Con todo, sí hay espacio en Inglaterra para el comunismo, siempre que no sea ni teutón ni latino ni eslavo sino precisamente británico, y en vez de guerra ofrezca reforma, como empezará a demostrarse al año siguiente de morir Engels.

## I. LA SOCIEDAD FABIANA

En 1884 el «sabio errante» Th. Davidson (1840-1900) —influido por el trascendentalismo norteamericano de Thoreau y Emerson, el igualitarismo de Herzen asimilado a través de Tolstoy y el principio de «suplantar el espíritu competitivo por una consideración altruista del bien general»—, reunió en Londres una tertulia que empezó llamándose Fraternidad Para la Vida Nueva, y acabaría fundando en Norteamérica un experimento de vida comunal semejante a Brook Farm, la granja de los intelectuales<sup>7</sup>. Por lo demás, las ideas de Davidson —entre ellas «el cultivo de un temperamento perfecto en todos y cada uno»— resultaban «confusas, desconcertantes e imposibles de resumir»<sup>8</sup>, y algunos de los asistentes convinieron en «una entidad más práctica, definitivamente más socialista», según apuntó entonces el sexólogo Havelock Ellis.

Así como en los años cuarenta el comunismo revivió a través de burgueses y aristócratas, en los ochenta depende nuevamente de personas ajenas al mundo obrero. El autodidacta Bernard Shaw (1856-1950), que acabará siendo el más célebre de los asistentes, aclara en una de sus primeras reuniones que «la clase media y la alta son el elemento revolucionario a través de hijos rebeldes [...] como yo, y el proletariado es el elemento conservador»<sup>9</sup>. Un año más tarde la rama «práctica» de la Fraternidad se redefine como Sociedad Fabiana, «un cuerpo investigador y difusor de hechos», y en 1886 de sus 173 miem-

<sup>6</sup> Los ya mencionados Morris, Hyndman y Bax, que crearon la Federación Socialdemócrata (1883) y la Liga Socialista (1884), dos instituciones de vida breve. En 1887 la Liga dejó de ser marxista, ya que la mayoría de sus miembros habían pasado a ser discípulos de Bakunin y Proudhon.

<sup>7</sup> Sobre Brook Farm, véase antes, págs. 102-104.

<sup>8</sup> Cole, 1975, vol. III, pág. 109.

<sup>9</sup> Shaw, en Cole, *ibíd.*, pág. 111.

bros solo uno es de extracción obrera. Precisamente a él, el pintor de paredes W. L. Phillips, se encarga la redacción del primer texto editado por la Sociedad, que es el folleto *¿Por qué los muchos son pobres?*

La asociación adopta como símbolo la tortuga, acorazada y lenta, y como nombre el del cónsul romano Fabio Máximo, que postergó pacientemente la confrontación con Aníbal mientras éste fue invencible, pues también ella presentaba un programa ligado al «aplazamiento», por no decir esencialmente gradualista, en su caso ligado a la justicia social. La renta inglesa seguía creciendo, y refulgía la era victoriana; pero la ralentización del desarrollo empezó a sugerir que las sociedades industriales pagaban la irresponsabilidad de prestar lo aún no ahorrado<sup>10</sup>, como volvió a recalcar Knut Wicksell —un alumno de Menger, el fundador de la Escuela Austriaca— reuniendo hilos previamente dispersos en su *Interés y precios* (1898). Desde entonces la creación «endógena» de dinero (como efecto del proceso comercial e industrial) se contrapuso a su creación «exógena», decidida por cada banco emisor y ampliada luego por el aparato financiero, merced a reservas fraccionarias y «productos» crediticios cada vez más refinados.

Redescubriendo propuestas hechas por la Cooperative Society de Londres, el fabiano preferiría prescindir de un patrón oro que limita la oferta de dinero, pues aspira a un relanzamiento general de empresas «anticompetitivas», y está por eso en el extremo opuesto al de quienes —como Wicksell— se inquietan ante el futuro de un papel moneda sin otro respaldo que la confianza, cuando abusar de ella amenaza con elevarse a pauta. Quiere un Estado máximo en vez de mínimo, resueltamente intervencionista, y refunde las premisas clásicas del credo utilitario —control de natalidad, rendimientos decrecientes, placer del mayor número— con las del progresivismo, que aplica ingeniería social a los dilemas clásicos. Delegando en el médico lo antes confiado al círculo familiar y el párroco, la ebriedad, el sexo anormal o los juegos de apuesta se encomiendan a técnicas de condicionamiento, que el progresivismo norteamericano complementa con instituciones como el Ejército de Salvación o el Partido Prohibicionista. El progresivismo fabiano va más al fondo, al plantear ideales de control social que parten de preferir el derecho legislado al consuetudinario y, en definitiva, la actitud voluntarista a la empírica.

<sup>10</sup> Véase antes, págs. 277-278.

En la democracia de Cobden todo se orienta a promover el mérito individual; en la fabiana el objetivo es una nivelación generalizada, que amortigüe y finalmente cancele la movilidad. Como aclara cuarenta años después su principal teórico, el ascenso y descenso de individuos y grupos por golpes de fortuna o acierto es incompatible con la *social sympathy*. No herida aún en su prestigio por los experimentos nazis y estalinistas en ese sentido, la «regeneración democrática» llamada «eugenesia de Shaw» (*shavian eugenics*) pretende superar el «injusto e ineficiente» *laissez faire* con un tránsito del Estado mínimo gladstoniano a una forma ampliada del socialismo estatal instaurado por Bismark. Tanto esa orientación genérica como su detalle programático —salario mínimo, seguro médico ilimitado, educación gratuita— son medios para «criar una raza acorde con el Imperio [...] más productiva e incluso militarmente superior al ciudadano anémico y desmoralizado de nuestras grandes ciudades»<sup>11</sup>.

Por entonces, y con alguna excepción como Keynes, rechazar la propiedad privada está sólidamente arraigado en círculos tan aristocráticos como el de Bloomsbury, donde se identifica con progreso. Un reflejo de ello es Bertrand Russell (1872-1970), nieto de un eminente premier whig, a cuyo juicio «el autogobierno en la industria es el mejor camino para que Inglaterra aborde el comunismo. No me ofrece duda que tras una pequeña práctica los ferrocarriles y las minas podrían ser gestionados más eficientemente por los obreros, desde el punto de vista de la producción, que hoy por los capitalistas»<sup>12</sup>. Tras viajar a la URSS en 1919, y sin perjuicio de oponer serios reparos a la política práctica de Lenin, Russell sigue considerando que «el comunismo es necesario para el mundo, y el bolchevismo merece la gratitud y la admiración de todos los progresistas»<sup>13</sup>. Forma parte de la moda rebelde

<sup>11</sup> Shaw, que se explaya así en el folleto *Fabianismo e Imperio* (1900), aplica a la futura Commonwealth una pauta de «cría selectiva» matizada más adelante en *El perfecto wagnerita* (1909), un ensayo de crítica musical combinado con filosofía de la historia. Allí afirma que *El tesoro de los nibelungos* es una «alegoría de la evolución social, donde obreros guiados por el látigo invisible del hambre buscan liberarse de sus ricos amos». Ese látigo fue invisible también para Wagner, pero resultaría providencial para que los nazis planteasen más tarde el «feudo de sangre» entre razas superiores e inferiores. Shaw fue a finales de los años treinta el oponente más destacado de declarar la guerra a Hitler.

<sup>12</sup> Russell, 1920, pág. 182.

<sup>13</sup> *Ibíd.* pág. 3.

no dejarse intimidar por supuestas complejidades de la vida económica, cuando las cosas son en algunos casos más sencillas de lo que parece.

Un factor que contribuye de modo notable a diseminar el movimiento fabiano es la London School of Economics, fundada en 1895 gracias al legado de uno de sus miembros. Al año siguiente el propio Russell dedica un semestre a argumentar la superioridad «moral» del comunista, examinando el único modelo práctico disponible entonces, que era el SPD alemán. Por lo demás, su compromiso pacifista —concretado en el lema «no aprovecharás ninguna mayoría para obrar mal» (*Éxodo* 23:2)<sup>14</sup>—, le llevará a romper en 1903 con la Sociedad por su apoyo a la futura Triple Alianza, donde adivina (con pleno acierto) el germen de la Gran Guerra. Precisamente en Londres, y en agosto de ese mismo año, la cobertura informativa prestada al congreso socialdemócrata ruso —origen a su vez del Partido bolchevique— es una demostración adicional de que Inglaterra ha dejado de ser el país europeo donde el burgués campa indiscutido en términos ideológicos.

**1. Los líderes.** Sidney Webb (1859-1947), distinguido por su pequeña estatura, su prodigiosa memoria y su laboriosidad<sup>15</sup>, había escrito algún artículo para *El socialista cristiano* cuando se incorporó a la Fraternidad, teniendo apenas 25 años. Al dirigirse por primera vez a los miembros les deslumbra alegando que poner en práctica una reforma tras otra evitará «cualquier episodio traumático en la transición del sistema individualista al colectivista». Singularmente atractivo fue ofrecer un esquema *made in England* por completo, combinando al Bentham actualizado por Stuart Mill con Ricardo y Jevons<sup>16</sup>, lo cual implicaba un modo de cumplir las metas del *Manifiesto* de 1848 sin

<sup>14</sup> El pacifismo le costó a Russell seis meses de cárcel en 1916, y alguna detención por manifestarse en la vía pública —contra los arsenales atómicos— siendo ya nonagenario.

<sup>15</sup> La esposa de Webb, Beatrice Potter —una dama de alta sociedad propensa a la neurosis—, dijo de él que «le perjudicaban su minúsculo cuerpo de renacuajo, su piel insana, su acento vulgar y su pobreza»; cf. B. Webb en *spartachus/school.net*.

<sup>16</sup> Jevons (junto con Walras y Menger) demolió la teoría objetiva del valor. Por lo demás, el plusvalor marxista se limita a generalizar una hipótesis de Ricardo (según la cual el precio de algo puede medirse siempre por el tiempo empleado en hacerlo), y Webb descarta a Marx sin percibir que su «objetivismo» proviene de Ricardo, a quien recurre como crítico del «ingreso no ganado».

lucha de clases y sin Marx, básicamente por medios fiscales. Al gravar todo tipo de «beneficio inmerecido», el Estado tendrá los recursos necesarios para nacionalizar los medios de producción, y acallar protestas pagando el justiprecio correspondiente.

Tres años más, 28, tenía el irlandés Shaw cuando se incorporó a la Sociedad, siendo ya un genio del humor negro y un escritor sin lectores, que a veces disertaba por la calle sobre cómo «la pobreza puede ser eliminada dando el mismo sueldo a todos». El fondo estadístico de S. Webb le ayudó a redactar muchos de los folletos publicados inicialmente por la Sociedad y entre ellos *El verdadero programa radical* (1887), su primer superventas, donde rechaza el «sistema competitivo-individualista» y plantea seis reivindicaciones concretas<sup>17</sup>. Ironizando sobre las ventajas de la concentración capitalista (ya que «simplifica el proceso de nacionalizarla»), Shaw considera evidente que el productor sin la cobertura de algún monopolio es anacrónico<sup>18</sup>, y que el futuro pertenece a Imperios jerarquizados por su eficiencia<sup>19</sup>. En 1900, cuando Chamberlain acaba de publicar *Los fundamentos del siglo XIX*, reseña el libro para el *Fabian News*, considerándolo una «obra maestra», sin intuir que será la Biblia nazi, o quizá por eso mismo<sup>20</sup>.

<sup>17</sup> Sufragio universal sin distinción de sexos, jornada de ocho horas, «municipalización» de la tierra, un impuesto específico sobre ingresos inmerecidos, educación costeadada públicamente y nacionalización del ferrocarril.

<sup>18</sup> Bernstein, un asistente asiduo a reuniones de la Sociedad, le objetó entonces que la empresa mediana y pequeña no había desaparecido, o siquiera retrocedido en porcentaje del producto nacional.

<sup>19</sup> *El verdadero programa radical* se expone por contraste con el radicalismo falso de la «democracia tory» representado entonces por lord Randolph Churchill (padre de Winston), de cuyo programa Shaw rechaza todo salvo invadir e incorporar Birmania como «regalo de Año Nuevo a la reina Victoria». Los fabianos apoyarán luego la guerra contra los Boers sudafricanos y el acoso creciente a Alemania.

<sup>20</sup> Germanófilo hasta el extremo de publicar sus obras en alemán, y nacionalizarse como tal durante la guerra, el británico H. S. Chamberlain (1855-1927) simultaneó estudios de naturalista y humanista que le convirtieron en lo contrario de un intelectual improvisado. Aunque Wagner veía en el racismo «una actitud irremediamente inmoral», casarse con una sobrina suya y admirar su universo mitológico le indujo a componer el vasto ensayo sobre razas e historia reseñado por Shaw, donde descubre al teutón como fruto más perfecto de una cepa «aria», movida a convivir con razas más o menos «degeneradas». Es digno de recuerdo que el único trabajo parejo por erudición —*El Ensayo sobre la diversidad de las razas* (1855) del aristócrata francés J. A. Gobineau— coincide con Chamberlain en exaltar a la raza aria, aunque ve en los judíos «un pueblo inteligente y fuerte, que superó las desventajas de su tierra original».

Desde los primeros folletos de la Sociedad una de sus ideas matrices, probablemente derivada de la amplia formación histórica de Webb, es que la lucha de clases constituye un «concepto inexacto». Estudiar con mínimo detalle el dinamismo social muestra que todos los sistemas ensayados por Occidente fueron «impregnándose» lentamente unos de otros, mientras perfeccionaban entretanto sus «fuerzas productivas», y en ese proceso las guerras civiles nunca pasaron de ser brotes ocasionales, a menudo fuente de regresión en vez de avance. Dicho planteamiento contribuyó quizá más que ninguna otra tesis fabiana a granjearle respeto en círculos cultos, porque no incurría en las paradojas de confundir estamentos con clases, y era más sensible a la complejidad. Para el hombre de la calle resultaba también más atractivo un programa donde la justicia social no exigiera pasar por mesías dictatoriales, y se cumpliera limitando gradualmente las fuentes de «renta» e «interés».

Por otra parte, el sentido de esas expresiones no dejaba de guardar afinidades con el plusvalor marxista<sup>21</sup>, pues designa «ventajas injustas» como terrenos más fértiles, predios más solicitados, productos y servicios especialmente prestigiosos, cuya «posición dominante» debe rectificarse con nacionalizaciones e impuestos. De ahí una flexibilidad en buena medida cutánea, compatible con un núcleo paternalista inclinado al héroe totalitario, y el matrimonio Webb asumirá por eso la defensa de Lenin<sup>22</sup> y Stalin en términos inequívocos. Tras visitar la URSS en

---

No menos digno de recuerdo es que un historiador judío como K. Heiden (1901-1966) disienta de Chamberlain en su juicio peyorativo sobre las razas semíticas, pero ve en el libro «una mina de sabiduría y profundas ideas». Pretendiendo «prolongar» el trabajo de Chamberlain, el lituano A. Rosenberg (1893-1946) publicó *El mito del siglo XX* (1930), una obra intelectual por completo —en el sentido de ideológicamente sesgada y defectuosa por el aparato crítico manejado— que predica los genocidios oportunos para cumplir la «revolución mundial racial». Esto y otros servicios a Hitler le ganarán ser el primer ahorcado por crímenes contra la humanidad en Nüremberg.

<sup>21</sup> «Renta» cubre todo tipo de rendimiento cuyo origen sea propiedad inmobiliaria, «interés» engloba los frutos de actividades comerciales o industriales.

<sup>22</sup> Durante su viaje a la Rusia ya soviética Russell le pregunta qué opina del fabianismo y se asombra oyendo una retahíla de descalificaciones, cuando le consta que el lobby del Labor Party es quien impide una intervención resuelta de Inglaterra en la guerra de rojos contras blancos. «Cuando sugerí que en Inglaterra las cosas podrían lograrse sin derramamientos de sangre lo descartó como mera fantasía, y pensé que una falta de imaginación psicológica le impide entender a Inglaterra» (Russell, 1920, pág. 38).



1932 —cuando terminaba la primera purga— declararon a la prensa que habían echado de menos «algo más» de libertad política, aunque aplaudían el «excelente rendimiento del sector educativo y sanitario». Algo después los dos volúmenes de *El comunismo soviético: ¿Una nueva civilización?* (1935) anuncian que «su sistema de producción planificada para el consumo comunitario se diseminará por todo el orbe». nuevas purgas, las hambrunas derivadas de colectivizar la agricultura y el escandaloso pacto Hitler-Stalin de 1939 no obstaron para que ambos reiterasen su apoyo en *La verdad sobre la Rusia Soviética* (1942).

Shaw, que visitó Rusia en 1931, nunca se desdijo de una carta abierta al director del *Manchester Guardian* donde declaraba «no haber visto a nadie desnutrido, sino más bien niños notablemente rollizos». Algo después, en el prefacio a su drama *Sobre las rocas* (1934) explica: «¿Pones de tu parte en la nave social? ¿Causas más problemas de lo que vales? ¿Te ganaste el privilegio de vivir en una comunidad civilizada? Por eso los rusos se vieron forzados a montar una inquisición llamada inicialmente Cheka, para “liquidar” a quien fuese incapaz de contestarlas satisfactoriamente»<sup>23</sup>. Tampoco se desdijo de esto último, e incluso de una mención profética a «cámaras letales» entre las medidas «civilizadoras»<sup>24</sup>. Tan firmemente como apoyó la guerra del 14 se opuso a la del 39, en función de una actitud análoga a la de Carlyle —donde la humanidad aparece como un rebaño pastoreado por autócratas heroicos—, añadiendo a ello el convencimiento de que la selección racial se coordina con asegurar ingresos iguales.

En 1903, cuando las atrocidades cometidas en la segunda guerra Boer habían mermado el prestigio de la Sociedad Fabiana, el literato H. G. Wells (1866-1846) —un talento indiscutible de la ciencia ficción— se postuló como heredero y renovador de sus ideales, un proyecto que supuso escribir primero una novela donde ridiculizaba sin

<sup>23</sup> Ya en 1900 se opone a la independencia de Irlanda, su tierra natal, y apoya el reparto de China, porque «el futuro pertenece a las grandes potencias» (Shaw, en Cole, 1975, vol. III, pág. 188).

<sup>24</sup> En una conferencia pronunciada ante la Sociedad para la Educación Eugénica, Shaw explica: «Deberíamos comprometernos a matar muchas personas que ahora se mantienen vivas, y mantener con vida a muchas de las que actualmente matamos [...] Parte de la política eugenésica nos llevará a desembarcar en un empleo masivo de la cámara letal. Gran parte de la gente debería ser desalojada de la existencia, sencillamente porque atenderlos despilfarraría el tiempo de otros»; cf. *Daily Express*, 4/3/1910.

dificultad al matrimonio Webb y luego *Una utopía moderna* (1905), cuyo «socialismo nuevo» descansa sobre una orden de samuráis entregada a velar por la evolución satisfactoria de la humanidad<sup>25</sup>. En 1934, volviendo de visitar la URSS, publica en la revista *New Statesman* un retrato de Stalin como «la persona más justa, sincera y honesta que haya conocido», a quien solo critica por no ser consecuente con el proyecto eugenésico, y resistirse a la esterilización del «inferior»<sup>26</sup>. En algunas conferencias de la época sugiere a los jóvenes adoptar una actitud «liberal fascista», y poco antes de morir pedirá perdón al pueblo judío por afirmaciones previas, a la vista del Holocausto. Quiso, sin conseguirlo, que sobre su tumba se grabara el epitafio: «Malditos necios, os lo dije».

**2. La Restitución gradual.** La renta en sentido fabiano provocó varios equívocos, y el más instructivo a propósito del impuesto sobre plusvalías inmobiliarias, un gravamen inspirado por el norteamericano Henry George en su superventas mundial *Progreso y pobreza* (1879). Sin desarrollo tecnológico combinado con crecimiento demográfico, alegó George, no se producirá la «revalorización automática» de cualquier solar, un fenómeno que siendo en sí progreso suscita al tiempo dificultades añadidas para «los últimos en llegar», prototípicamente emigrantes. Llega por eso el momento de comprender que un gravamen sobre dicha fuente de riqueza —el *land tax*— optimiza el sistema fiscal («al eliminar o reducir impuestos sobre producción y consumo»), deparando también recursos para combatir las bolsas de miseria suscitadas por el propio desarrollo. En otras palabras, nada impone al Fisco limitarse a gravar los frutos de «aquello creado por nosotros mismos», cuando el desarrollo industrial ofrece un ingreso tan ajeno al trabajo efectivo como «los incrementos de valor experimentados por el espacio».

<sup>25</sup> Cf. Cole, 1975, vol. III, págs. 197-199.

<sup>26</sup> La aprobación unánime obtenida por Lenin y Stalin entre los líderes fabianos contrasta con el sentido crítico de Russell, que se apresuró a conocer la revolución sobre el terreno y no solo salió decepcionado sino convencido de que la corrección política futura se basaría en correr un velo piadoso: «En interés del comunismo, no menos que en el de la civilización, considero imperativo admitir y analizar el fracaso de los bolcheviques, evitando la conspiración de silencio observada por tantos socialistas occidentales tras visitar Rusia» (Russell, 1920, pág. 165). Esto lo publica diez o más años antes de que los Webb, Shaw y Wells confirmen el complot de «silencio».

*Progreso y pobreza* presenta el nuevo impuesto como modo de no olvidar «el asilo y la cárcel que se levantarán sin duda junto a otros edificios públicos, cuando cada aldea se convierta en ciudad próspera», y tan razonable era su propuesta que desde entonces lo único discutible fue precisar numéricamente cada incremento. Cuando Shaw asistió a una conferencia de George en Londres tuvo la impresión de estar ante «la bomba capaz de volar el capitalismo» y corrió a publicarla como folleto fabiano<sup>27</sup>, como si no hubiese tenido oportunidad de conocer a un discípulo de Cobden, la persona menos inclinada a su programa de planificar, nacionalizar y multiplicar la presión fiscal. Cinco años antes, tras leer *Progreso y pobreza*, Marx había percibido que el aparente dinamitero «no solo intenta salvar el capitalismo sino renovarlo ampliando su base»<sup>28</sup>.

Supuestamente incompatible con el *laissez faire* competitivo, el *land tax* llegó a Inglaterra gracias al radicalismo falso según Shaw, instado por la pareja de liberales formada entonces por Lloyd George y Churchill, a quienes Webb llamaba «los terribles gemelos»<sup>29</sup>, y lejos de fulminar la «renta» dicho impuesto fue uno de los instrumentos de la *Welfare Reform* con la que se despediría de la existencia el Liberal Party. Veremos esto enseguida, pero es oportuno acabar de precisar cómo la Restitución en clave fabiana retiene la idea de una riqueza usurpada, introduciendo al tiempo algo tan acorde con el

<sup>27</sup> De hecho, prácticamente todos los países capitalistas europeos adoptaron antes o después el gravamen. En España llevaba décadas establecido, y siendo defraudado por sistema con declaraciones de precios irreales, hasta que en 1931 el hacendista Calvo Sotelo limitó dicha práctica estableciendo actualizaciones periódicas del catastro. Es curioso que el aparato caciquil español le acusara entonces de «bolchevismo», interpretando el gravamen como Shaw décadas antes.

<sup>28</sup> «Su dogma fundamental es que todo estará bien con tal de pagarle al Estado una renta por el territorio [...] Ya aclaré en mi obra contra Proudhon de 1847 que esa propuesta —hecha tiempo atrás por Mill el viejo y otros— es sencillamente una forma franca de exponer el odio del capitalista industrial hacia el terrateniente, para él un elemento inútil y superfluo en el conjunto general de la producción burguesa [...] Todo el asunto es simplemente un intento de tirar el socialismo por la borda» (carta a Sorge, 20/6/1881).

<sup>29</sup> Por lo demás, aprobar el *land tax* y el llamado Presupuesto Popular evocó un enorme escándalo, que tras suspender dos Parlamentos acabaría derogando la facultad de veto conferida hasta entonces a la Casa de los Lores en materia de leyes económicas. Con su florida retórica, Lloyd George defendió en 1909 el gravamen como «modo de recaudar dinero para librar una guerra implacable contra la inmudicia y la desidia que acompañan a la pobreza».

sentido común británico como dejar de confiar en Armageddon. Por una parte,

«no transigimos con tantas víctimas de la lucha competitiva. Los socialistas afirmamos que el mal (*evil*) no se remediará hasta que las “dos naciones” se vean unidas por la restitución de rentas e intereses de todo tipo a propósitos públicos, pues solo el cese de distinciones clasistas hará crecer la simpatía social».

Por otra,

«transferir a fines públicos cualquier forma de renta e interés no puede efectuarse mediante revolución, ni por un decreto del Parlamento o una docena de ellos. Las reformas legislativas deben ser puestas en práctica y organizadas por autoridades locales, desde el condado a la parroquia, contando con los poderes que ya tienen y adquiriendo otros nuevos y más amplios»<sup>30</sup>.

Descartada la revolución súbita, el único residuo amenazador era la idea de dos «naciones» dentro de la misma<sup>31</sup>, y el hecho de que la *social sympathy* dejase de ser una espontaneidad humana, como pensaban Hume y Smith. Ahora depende de que nadie ostente signos de «distinción», dentro de un plan general para evitar víctimas de la lucha competitiva donde el salario mínimo resulta ser la cabeza de playa para un régimen pautado de retribuciones, acorde con el tránsito del bien privado al público. Marx insistió en reunir clases y estamentos, presentando al trabajador por cuenta ajena como un «esclavo del salario» indiscernible del *servus* antiguo. Webb aspira a que todos seamos asalariados, y reconoce que «clase» no es un troquel unido a la cuna sino a menudo fruto de aptitudes profesionales. Pero considera llegado el momento de «nivelar al cuerpo social», no por el camino de eliminar al «enemigo de clase» sino fiscalizando a los distinguidos por rentas e intereses, para que no puedan aprovechar en su beneficio las posiciones ventajosas derivadas de su capacidad agonística.

Las Bases Fabianas de 1887 declaran que «la Sociedad trabaja para extinguir la propiedad privada de la tierra», con vistas a «emanci-

<sup>30</sup> Webb, 1926, págs. 34-35.

<sup>31</sup> La tortuga, símbolo de la Sociedad, descansa sobre el lema «... cuando golpeo, golpeo duro» (... *when I hit, I hit hard*).

par sus frutos de la apropiación individual». Dicha propiedad no será transferida al Estado sino a corporaciones regionales y municipales, que con trato fiscal preferente y crédito barato o gratuito «crearán empresas capaces de vencer fácilmente a rivales ansiosos de lucro»<sup>32</sup>. Sesenta años antes esas esperanzas habían naufragado —ante la evidencia de que las cooperativas no producían más y mejor<sup>33</sup>—, y parecía anacrónico reflotar aquel proyecto de «sustitución general», pero Shaw insiste en que no fueron dotadas de privilegios directos e indirectos, y que primar a la empresa sin ánimo de lucro es algo más factible cada día.

En otras palabras, la mentalidad de los legisladores podía cambiar como el tiempo, por más que el barómetro infalible a esos efectos —la actitud de los Comunes— apuntase más bien hacia lo contrario. Desde el siglo XIII, y a medida que se iba tornando más representativa, esta cámara no dejó de apoyar consciente e inconscientemente el tránsito de la sociedad clerical-militar a la comercial, y del paternalismo proteccionista al libre cambio<sup>34</sup>; pero desde 1892, cuando son elegidos los dos primeros diputados «laboristas», se insinúa una transformación confirmada al afluir los primeros millones de votos femeninos, en 1918<sup>35</sup>, pues pasa a gozar de inmejorable salud un paternalismo proteccionista apoyado por izquierdas y derechas.

## II. LA FORMACIÓN DE UNA TERCERA VÍA

Atendiendo a indicadores macroeconómicos, a finales del siglo XIX la renta per capita de las familias inglesas superaba en unos 250 puntos a la de 1760, al comienzo de la industrialización, sin perjuicio de que

<sup>32</sup> Shaw, en Cole, 1975, vol. III, pág. 120.

<sup>33</sup> Véase antes, págs. 237-238.

<sup>34</sup> En términos proporcionales, la representación popular fue creciendo desde la primera Casa de los Comunes, reunida en 1262. En tiempos de Cromwell (1649) rondaba un quinto de los varones adultos, en 1832 se elevó a un tercio, y en 1867 a la mitad aproximadamente. Esa última ampliación se llamó «salto a la oscuridad», porque nadie osaba asegurar qué sistema de gobierno preferirían los nuevos diputados, aunque entonces apoyaron la liberalización política y económica de modo singularmente rotundo.

<sup>35</sup> La *Representation Act* de ese año permite votar a las mujeres por primera vez, aunque limita todavía su franquicia a tener más de 30 años.

fuese algo no solo invisible sino palmariamente falso para muchos, pues solo quienes gestionaban las aduanas o aficionados al incipiente saber estadístico disponían de algún dato preciso. En 1903, por ejemplo, cuando Russell diserta sobre la oportunidad moral y material del comunismo en la London School of Economics, y a pocas manzanas está naciendo el partido bolchevique, el evento sensacional para la crítica es el estreno de *Hombre y superhombre* de Shaw, donde día tras día el público responde con risas y algún bravo al parlamento que termina diciendo: «La igualdad es esencial para la buena cría (*breeding*), aunque —como todos los economistas saben— sea incompatible con la propiedad»<sup>36</sup>.

Entretanto el laborioso Webb ha logrado cuantificar ingresos y productos por sectores, hasta poder comparar «rentas producidas» y «rentas percibidas por sus productores»<sup>37</sup>. Ecuánime o no en términos técnicos, el resultado de investigar las cosas desde esa perspectiva muestra que la riqueza nacional ha crecido en términos exponenciales, siendo por eso vano seguir pretendiendo que la miseria crece junto con la desigualdad. Pero justamente haber alcanzado un desahogo relativo prepara el terreno para cultivar una actitud ni conservadora ni liberal, que prefiere «estancamiento sostenible» a desarrollo sostenido por rivalidades. Esto era también algo demasiado amplio e inmediato para que el contemporáneo pudiera percibirlo con mínima nitidez, pero el núcleo del asunto —no tanto crecer como repartir los frutos del crecimiento— resultaba satisfactorio tanto para el estrato más humilde como para buena parte de la ancha clase media inglesa.

**1. El sindicalismo antiliberal.** Un fenómeno paralelo, aludido ya como motor genérico de la segunda Internacional, fue la prolifera-

<sup>36</sup> *Man and Superman* es una comedia de costumbres con tonos filosóficos y enorme longitud, representada siempre prescindiendo de su tercer acto. Alegoría de don Juan, el personaje central Jack Tanner ha escrito un compendio para revolucionarios de 58 páginas, que se entrega al espectador con el programa de la obra. Tal cosa resultaba inaudita, y Shaw fue el primero en reconocer que salvo *Pygmalion* ninguna obra suya habría sido representada sin un teatro como el Independent, subvencionado por cierto mecenas. En 1925, al recibir el premio Nobel de literatura, pudo reivindicarse aceptándolo solo para donar su importe a un asilo, alegando que ni merecía ni aceptaba honores.

<sup>37</sup> En *Hechos para socialistas*, que cubre el periodo 1891-1926, cifra «el desfaldo por renta e interés» de ese último año en 1.300 millones de libras, precisando dicha cifra hasta el último decimal.

ción del sindicato llamado de cuota baja, paladín del trabajador no especializado, que insta a convertir la actitud *lib-lab* en *lab* estricto. El líder indiscutible de ese lab puro iba a ser un *christian socialist* honrado y valeroso como el minero escocés James Keir Hardie (1856-1915), cuyo Partido Socialista Independiente (PSI) nace a la vez que la Fraternidad Para La Vida Nueva. Ocho años después, cuando los fabianos han crecido hasta superar con bastante el millar de miembros, un tercio se desliga de su Sociedad para cubrir el organigrama territorial de Hardie, coincidiendo en la meta última de «una propiedad colectiva de todos los medios de producción, distribución y cambio»<sup>38</sup>. Al contar con algún otro líder sindical, y con la Federación Socialdemócrata —el grupo de Hyndman, tan vituperado por Marx y Engels—, el conjunto decide bautizarse como Comité de Representación Laborista (CRL) y concurre bajo ese nombre a las elecciones generales de 1892, donde obtiene 62.698 votos<sup>39</sup>.

Como esto asegura dos asientos en los Comunes, S. Webb redacta sin demora los estatutos del futuro Labor Party. El resto sigue encomendado a Hardie, uno de los dos representantes recién electos y hombre «de ojos honestos aunque extáticos, cuyo socialismo fue siempre la doctrina política del Sermón de la Montaña»<sup>40</sup>. Defender al pobre de espíritu<sup>41</sup> le oponía a la *shavian eugenics*, y en 1909 le vemos coincidir con el biólogo holandés A. Pannekoek en su crítica «del darwinismo burgués, según el cual solo exterminar a los débiles evita el deterioro de la raza». Muy al contrario, «la Naturaleza permite la supervivencia sin recurrir a la fuerza individual, aprovechando la ayu-

<sup>38</sup> Hardie, en Cole, 1975, vol. III, pág. 157.

<sup>39</sup> Cf. Cole, *ibíd.*, pág. 130.

<sup>40</sup> *Ibíd.*, pág. 142. Luego diría: «El ímpetu que me llevó al movimiento laborista, y la inspiración que me ha sostenido desde entonces, deriva más de Jesús de Nazaret que de todas las demás fuentes juntas» (Hardie, en *spartachus schoolnet*). Aunque solo hizo una visita a Marx, trató asiduamente a su hija Eleonora y fue un miembro activo de la Unión para la Abstinencia, cuya rama norteamericana conseguiría abolir algo después las bebidas alcohólicas en Norteamérica. Su gran punto de fricción con la Sociedad Fabiana fue un pacifismo análogo al de Russell, que al acercarse la guerra le causó graves problemas dentro y fuera del Partido. Acusado de traición y cobardía, no se recató en decir que prefería «ver a mis hijos fusilados ante un paredón que partiendo hacia esta injusta guerra».

<sup>41</sup> Debatió por eso con Webb en un congreso de la IWA, rechazando «el elemento burgués» incorporado al sistema de becas y exámenes; véase antes, pág. 555.

da mutua»<sup>42</sup>. Próximo a cumplir los sesenta años Hardie se enamoró de la comparativamente joven Silvia Pankhurst (1882-1960), hija de la gran sufragista Emmeline Pankhurst. Ese adulterio escandalizó a muchos, pero prefigura los estrechos lazos que desde entonces unirían al sector radical del Labor Party con el ala comunista del feminismo británico<sup>43</sup>.

El nacimiento simultáneo del PSI y la Sociedad Fabiana, a mediados de los años ochenta, coincide con una fase depresiva del ciclo económico. Desde 1873 el paro había repuntado y los salarios tendían a la baja, aunque el descenso general de precios mantuvo al alza la capacidad adquisitiva hasta una década después, cuando el desempleo se acercó a niveles inquietantes (un 10 por ciento para profesionales cualificados y mucho más para el resto)<sup>44</sup>. Precisamente entonces la reforma de 1884 introdujo el sufragio universal masculino, los liberales se escindieron en torno a apoyar o no la autonomía irlandesa<sup>45</sup>, y el líder *lib-lab* carismático, Ch. Dilke, sucumbió políticamente a la audacia de divorciarse. Sin esta combinación de circunstancias la emergencia del «nuevo sindicalismo» se habría cuando menos aplazado, y es en todo caso oportuno recordar que se bifurcó en una rama «triste» y otra «alegre». Hardie es la expresión ejemplar de lo primero y Robert Blatchford (1851-1943) de lo segundo.

Hijo de actores, Blatchford editó con gran éxito el semanario *The Clarion* y vendió dos millones de ejemplares de *La Inglaterra jovial* (1894), donde insiste en que «el socialismo inglés no depende de ninguna teoría sobre la “justicia económica” sino de humanidad y sentido común». Luego publicaría *No culpable*, para defender a las víctimas del *laissez faire* y la competencia, y desengañar a quienes creen «en un amante padre celestial que responde a las oraciones». No empezó a cambiar de perspectiva hasta hacer una visita a Alemania en 1913, de

<sup>42</sup> Cf. Pannekoek, en la página *Antagonism*.

<sup>43</sup> Silvia Pankhurst, cofundadora del Partido Comunista inglés, acabó siendo la portavoz del emperador etíope Haile Selassie. *El acorazado proletario* (1921), donde describe el segundo congreso de la Komintern, ofrece retratos útiles sobre la cúpula bolchevique del momento, como comprobaremos.

<sup>44</sup> Cf. Cole, vol. III, págs. 131-133.

<sup>45</sup> Desde entonces los llamados liberal-unionistas se aliarán con el Partido Conservador. Esto provoca una sucesión de Gabinetes desesperante para el Liberal Party fiel a Gladstone, pues cuenta con un país no inclinado a votar *conservative* pero resulta incapaz de gobernar.



la cual volvió conmovido por la higiene y la falta de miseria en el país. Escribió entonces: «Los alemanes no pueden evitar la guerra porque no creen que venga, solo Inglaterra podría asegurar la paz». Diez años más tarde, leer la autobiografía de Henry Ford acabó de convencerle de que «el socialismo no es viable, por depender demasiado de la abnegación», y votaría conservador desde 1924 en adelante<sup>46</sup>.

A despecho de este giro copernicano, Blatchford defendió desde el primer momento al último que «Inglaterra no es un pueblo, sino una tradición», y que todo proyecto eugenésico creará no solo opresión sino atrocidades. Es digno de recuerdo que tanto la rama alegre como la triste del «nuevo sindicalismo» coincidiesen de modo incondicional en aborrecer la guerra y no sumarse a la germanofobia, lo primero por principio y lo segundo porque Hardie y Blatchford conocen de primera mano al pretendido agresor. Aquello que les distingue del fabiano es ser pacifistas en vez de imperialistas<sup>47</sup>, un dilema moral que acabará con ambos demonizados en vísperas de la Gran Guerra. Fulminará temporalmente también a Ramsay MacDonald (1866-1937) —el tercero de los padres fundadores—, pues cuando el par de diputados laboristas se haya multiplicado por veinte, en 1914, ser el líder de ese grupo parlamentario no le pone a cubierto de represalias por disentir de la Triple Alianza. La mitad de sus propios colegas sugiere ahorcarle sin más trámite, mientras el *Times* y docenas de otras publicaciones consideran importante aclarar que es hijo ilegítimo de una sirvienta. Su colega Arthur Henderson, que ostenta entonces la cartera de Educación, escapa por poco de un linchamiento análogo en 1916, acusado de ser un espía a sueldo porque apoya la propuesta de cese el fuego presentada por Alemania.

<sup>46</sup> Cf. Blatchford, en *Oxford Dictionary of National Biography*. También Cole, *ibíd.*, págs. 162-176.

<sup>47</sup> No por eso dejará de ser difusa la frontera entre fabianismo y laborismo, pues la disposición pacífica solo afecta a parte de sus líderes. Resueltamente no marxistas, Hardie y MacDonald definieron su movimiento como «una Iglesia en sentido amplio, socialdemócrata por inspiración». Tras la Segunda Guerra Mundial, en cambio, la égida ideológica de H. Laski se refleja en iniciativas como reimprimir el *Manifiesto* de Marx-Engels en una «edición para laboristas», prologada por él mismo. La socialdemocracia alemana rompe abiertamente con Marx en 1959, y el Labor Party no admite «políticas de mercado libre» hasta 1988, coincidiendo con datos embarazosos sobre relaciones de H. Wilson —delfín de Laski y Primer Ministro en varios gobiernos— con el KGB soviético. El sello de Webb persiste en la cláusula 4 del actual Reglamento: «El poder, la riqueza y la oportunidad estarán en manos de los muchos, no de los pocos».

Aunque desde finales de los ochenta el panorama económico inglés mejora espectacularmente, y el desempleo cae al 2 por ciento, la afiliación del trabajador no especializado crece espectacularmente también, hasta pasar de unos 600.000 en 1885 a 1.927.000 en 1890<sup>48</sup>. Durante los quince años siguientes dicho fenómeno no tiene repercusiones políticas, porque ramas de gran peso como la minería del carbón y el textil se mantienen lib-lab, y el sindicato de cuota baja debe contentarse con la resonancia mediática de actos específicos, como las huelgas del gas y el puerto de Londres en 1889. El número de miembros podía compensar la modestia de su respectiva aportación, y pareció por eso viable seguir creciendo en «desafío», pero los conservadores ganan su quinta elección consecutiva en 1900, en la cual el CRL no logra superar el listón de dos diputados, y el horizonte se ensombrece dramáticamente cuando la sala de apelaciones ratifique en 1901 una cuantiosa multa a cierto sindicato<sup>49</sup>.

### III. TODOS LOS CAMINOS LLEVAN AL PROTECCIONISMO

Las campanadas que anuncian el siglo XX coinciden por eso con un clima de frustración intensa para liberales y laboristas. A pesar de que el nuevo sindicalismo acaba de denunciar la actitud lib-lab, las circunstancias imponen no ya cooperar sino consentirse una relación lo bastante estrecha como para ser inconfesable de puertas afuera, o en otro caso las riendas políticas seguirán en manos de la coalición formada por conservadores y liberales unionistas. Entretanto, la multa al sindicato estimula un nuevo salto del CRL, que en 1901 tenía unos 350.000 afiliados y en 1903 se acerca a los 850.000, cifra suficiente para convertirse en Labor Party propiamente dicho, mientras

<sup>48</sup> Cf. Cole, *ibíd.*, pág. 135.

<sup>49</sup> El incidente partió de la reclamación presentada por un empleado que no obtuvo el aumento de sueldo pretendido, y desembocó en una huelga entre su sindicato —la *Amalgamated Society of Railroad Stewards*— y la Taff Vale Co. La empresa habría podido amortiguar pérdidas con personal eventual, pero que las traviesas fuesen engrasadas y los vagones desenganchados la obligó a cruzarse de brazos, ante el riesgo de accidentes. Esos actos de sabotaje fundamentaron la condena a pagar 23.000 libras —varios millones de las actuales—, entendiéndose que «si un sindicato detenta propiedad, y causa perjuicios, es responsable patrimonialmente en los mismos términos que cualquier otro propietario».

la Segunda Guerra Boer desgasta gravemente al Ejecutivo<sup>50</sup>. Preparando las elecciones de 1906, H. Gladstone<sup>51</sup> y MacDonald firman tres años antes un pacto secreto que contribuirá a lograr la primera (y última) mayoría liberal absoluta, a costa de concesiones que empiezan por casar la sentencia sobre responsabilidad de las entidades sindicales<sup>52</sup>.

La alianza deparará a los laboristas unos 250.000 votos, y a los liberales casi 2.800.000. En las elecciones de 1910 el Labor pasa de 26 a 42 diputados, una minoría suficiente ya para inclinar la balanza hacia uno u otro de los contendientes clásicos, y en 1914 consigue su primer ministro en la persona de Henderson. Faltan todavía diez años para el brevísimo gobierno de MacDonald, pero tres Gabinetes liberales sucesivos preparan lo que el clásico de G. Dangerfield llama *La extraña muerte de la Inglaterra liberal* (1935), en principio una confirmación de que las instituciones pacíficas fallecen de éxito, como empezó sucediendo con la Liga Hanseática. Observado más de cerca, el diagnóstico de muerte por plenitud podría matizarse como suicidio asistido, merced a un hospital cuyas enfermeras imitan a Emmeline Pankhurst (1858-1928) —comparada en sus funerales con Lutero y Rousseau—, y a un líder como David Lloyd George, alguien dado a generalizar el *no aunque sí* de Stuart Mill, cuya pretensión de complacer a todos acaba no complaciendo a nadie

<sup>50</sup> Declarado a despecho de que Gladstone se oponga, el conflicto será mucho más duro de lo previsto, y exigirá tácticas de tierra quemada, envenenamiento de pozos y campos de concentración-extermínio, que repugnan al sentir general. El apoyo incondicional de Shaw y Webb también les costará perder prestigio.

<sup>51</sup> El hijo menor de William Ewart Gladstone, que militó con Hardie en la Unión por la Abstinencia. Tras vacilar largamente, su padre había resuelto no dar publicidad al hecho de decidirse por la «devolución» de Irlanda, para ir convenciendo entretanto a unos y otros. Lejos de respetar su criterio, el joven Herbert pensó que «beneficia a todos no seguir en la duda», escindiendo con ello al Partido desde 1885. Su padre, fallecido cinco años antes, habría quedado estupefacto por segunda vez viendo que con los laboristas hizo lo contrario de despejar dudas. Más bien se avino a la colusión de no presentar candidato en los (escasos) distritos donde los laboristas pudiesen derrotar a conservadores y liberal-unionistas, a cambio de obtener el apoyo del «Trabajo» en el resto. Como comenta el historiador I. Machin, «es triste para quien dedicó su vida a la causa liberal ser recordado por dos iniciativas que tuvieron efectos tan ambiguos para ella»; cf. H. Gladstone, en [liberalhistory.org.uk](http://liberalhistory.org.uk).

<sup>52</sup> Desde 1907 regiría el principio de que «si la huelga deriva de alguna disputa laboral, ninguna indemnización puede exigirse a un sindicato».

**1. El voto femenino.** Al documentar la crisis del espíritu que animaba a Peel, Cobden, Place y Allan, el libro de Dangerfield insiste en añadir como variable decisiva la franquicia electoral de la mujer, que votará laborista o conservador, no librecambio ni nada próximo a los principios presupuestarios de Gladstone el viejo. He ahí algo imprevisto, pues tanto en Inglaterra como en el resto del planeta los promotores de esa franquicia han sido los liberales, en contraste con el criterio de autoritarios y otros tradicionalistas, cuya actitud de apoyo o rechazo depende a su vez de un factor como disentir o no de la Gran Guerra. Los altos poderes fácticos que desde 1905 preparan la hecatombe son tradicionalistas, e inclinados por ello a ver en la sufragista una figura insolente; pero para esas instancias es vital promover la germanofobia, y que el sufragismo inglés asuma espontáneamente dicha actitud borra cualquier reticencia, transformando en pilar patriótico a un grupo acusado poco antes de terrorismo.

Como vimos, la igualdad jurídica de la mujer fue argumentada ya en 1782 por Mary Wollstonecraft<sup>53</sup>, y vigorosamente defendida en el Parlamento por Bentham, obteniendo un refuerzo gracias a la norteamericana E. Cady Stanton (1815–1902). Sin embargo, esas iniciativas para establecer el sufragio femenino fueron un juego relativamente inocuo hasta entrar en acción la UPL (Unión Política Social) creada por Pankhurst, que veinte años después de fundarse saca adelante la *Representation Act* de 1918, y posibilita votar a toda mujer con más de treinta años, un derecho pronto extendido a las de 21, que sencillamente dobla el número de partícipes políticos.

Para lograrlo sus sufragistas lanzaron una campaña de manifestaciones masivas acompañadas por rotura de escaparates, pensando en la publicidad gratuita de detenidas que se declaran en huelga de hambre, cuyo martirio al ser alimentadas sin querer —insertando tubos por la boca, y hasta por la nariz— no podía tardar en crear repulsa e indignación. Al ser acusadas de *law-breakers* (delincuentes) estas sufragistas responden que son *law-makers* (legisladoras), armadas con el formidable argumento de que romper cristales es una fruslería si se compara con privar a un país del consejo atesorado por madres, esposas y hermanas.

Los liberales preparaban entretanto su polémico sistema del bienestar social, pero aun suponiendo que la UPL fuese apolítica no había

<sup>53</sup> Véase antes, pág. 567, nota 8.

otro Gobierno a quien presentar sus reivindicaciones, y eso forzó una escalada de violencia. En 1905 Christabel Pankhurst, primogénita de Emmeline, es procesada por interrumpir un mitin del Partido Liberal y escupir al policía que la reconviene. Algo después —cuando se ha ganado el apodo *queen of the mob* («reina de la turba»)— es atacada con huevos podridos, arcilla y piedras envueltas en nieve por un grupo de liberales, que la acusan de perder por su culpa una elección municipal y le infieren un grave moratón (*severe bruising*) en el tobillo<sup>54</sup>. La respuesta será una manifestación de 500.000 sufragistas en Hyde Park para protestar por «la indiferencia» del Gobierno, y advertir que añadirán a sus medidas de presión el incendio provocado si no prospera la reforma legislativa, como declara entonces a la prensa su hermana menor, Silvia<sup>55</sup>. Una expedición de castigo (*raid*) a la sede de la UPL solo sirve para empeorar las cosas.

En 1913 el hipódromo de Epsom se horroriza viendo cómo la sufragista E. Davidson muere tras lanzarse contra los caballos. La casa de campo del ministro de Hacienda es incendiada, Downing Street resulta apedreado, la *Venus del espejo* de Velázquez es acuchillada repetidamente<sup>56</sup>, y antes de que el año termine Christabel Pankhurst publica el panfleto *La gran plaga y cómo acabar con ella*, donde identifica como tal a «la enfermedad venérea que portan la mayoría de los hombres». Esa es la razón última para mantener la desigualdad jurídica, «pues mujeres provistas de voto (*enfranchised women*) pondrán coto a su promiscuidad»<sup>57</sup>. Pero se acerca la guerra, y como «a ningún precio será pacifista la sufragista» (Emmeline Pankhurst) todas las detenidas o condenadas pasan de la cárcel a organizar banderines de enganche, dentro de una nueva campaña que recorre las calles de Inglaterra ofreciendo una pluma blanca (símbolo de cobardía) a cualquier joven vestido de paisano.

<sup>54</sup> Tomo los detalles de Bartley, 2002.

<sup>55</sup> En ese preciso momento la familia se escinde, porque las inclinaciones bolcheviques de Silvia son a juicio de su madre y otras dos hermanas incompatibles con la exigencia de que «el ejército femenino desfile guardando el paso».

<sup>56</sup> La sufragista M. Richardson explicó: «He intentado destruir el cuadro de la mujer más bella de la mitología para protestar por la destrucción gubernamental de la señora Pankhurst, que es el más bello temperamento de nuestros días».

<sup>57</sup> El panfleto concluye recomendando que las mujeres no se presten al contacto sexual mientras perdure la discriminación jurídica. En los años cuarenta Christabel Pankhurst se convertirá en propagandista de una secta norteamericana, los Adventistas de la Segunda Venida.

Convertida en embajadora informal, Emmeline visita Norteamérica en 1916 acompañada por el primer ministro serbio C. Mijatovic<sup>58</sup>, para acelerar la entrada en guerra del país aprovechando que las americanas votan desde 1913, y el apoyo de la legendaria emancipadora inglesa es un factor de peso electoral notable para Wilson<sup>59</sup>. En junio del año siguiente viaja a Rusia para entrevistarse con Kerensky, a quien transmite «la ferviente oración de continuar la guerra por el mundo civilizado», y cuando regresa de ambas misiones descubre con alborozo que el voto femenino se ha hecho realidad. Resuelve entonces crear un partido limitado a mujeres, calculando que al menos tres millones largos de votos lo apoyarán unánimemente; pero las elecciones generales de 1918 le infligen «la decepción más amarga de su vida», pues resulta derrotada por menos de mil sufragios, y precisamente a manos de un candidato laborista, el partido al que quiso incorporarse en 1893, cuando lo dirigía Hardie.

Entonces se lo impidió el sexismo de sus estatutos, y ahora tropieza con la misma piedra al crear una formación política no menos sexista. El Partido Femenino resulta abandonado poco después, y ella —prefigurando la intención de voto femenina en lo sucesivo— votará conservador hasta el fin de sus días. Otras mujeres preferirán desde entonces la alternativa laborista, contribuyendo a que los tres Gabinetes liberales se vean seguidos por otros tantos del Conservative Party, continuados por cuatro del Labor Party. El voto femenino empezó siendo un torpedo en la línea de flotación liberal, pero retrocedamos a sus triunfales elecciones de 1906 para precisar qué factores añadidos contribuyeron al colapso.

**2. La Reforma del Bienestar.** Desde 1903, viendo que la opción laborista empezaba a tener audiencia y crecía denunciando el desinterés del liberalismo por la «cuestión social» —un filón populista explotado a fondo también por los conservadores con su *tory democracy*—, el Liberal Party decide contraatacar gracias a la estrella ascendente de

---

<sup>58</sup> Que es desde 1912 el nexo de unión entre el servicio secreto serbio, el ruso y el inglés, representante de su país en la Conferencia de la Triple Alianza celebrada ese año en Londres. Lleva las riendas de su país al producirse el atentado de Sarajevo, fulminante de la Gran Guerra.

<sup>59</sup> Wilson acababa de lograr su reelección con el slogan: «Él nos mantuvo fuera de la guerra».

«brujo galés» David Lloyd George (1863-1945), cuyo sobrenombre hace justicia a un hombre lleno de gracia humana, listo como el rayo y dotado de una excepcional mano izquierda para dirimir o aplazar disputas, que asume la transición al liberal «moderno». Lejos de romper con el pasado quiere recuperar el proyecto democrático de Paine, su gran modelo, replanteando las cosas en una Inglaterra que ha hecho mucho camino desde el *Derechos del hombre* pero sigue obligada a consolidarlos y ampliarlos. Esto resulta ilusorio a través de una democracia tory, que pretende siempre una alianza de aristócratas y pueblo bajo en detrimento de la clase media; e ilusorio también a través del laborismo, pues pretende defender al desvalido aumentando su desvalimiento, con invitaciones a lucha de clases y dictadura.

Ministro de Hacienda (*chancellor of the Exchequer*) inicialmente, Primer Ministro después, el brujo galés pasma a todos repitiendo en sus mítines que «un duque inglés con equipo completo nos cuesta tanto como un acorazado de la serie A», y más aún cuando tras la gran victoria electoral de 1906 se aplica a cumplir sin demora lo prometido: la pobreza «intolerable» puede reducirse a estrictos mínimos con un programa que ronda los 18 millones de libras anuales. Será necesario a tales efectos sacar adelante lo que llama Presupuesto Popular, entre cuyas novedades está gravar las plusvalías inmobiliarias, aunque a cambio Inglaterra tendrá un sistema de bienestar social no imaginado siquiera sea remotamente por Disraeli y Bismark, merced a una secuencia de preceptos aprobados entre 1906 y 1914 —16 en total— que comprenden ámbito agrícola e industrial, urbanismo, régimen penitenciario, asilos, enseñanza primaria y secundaria, atención médica, pensiones de jubilación e invalidez, oficinas de empleo y control de calidad para los alimentos.

Con la *Welfare Reform* llega el más amplio paquete de medidas aplicado nunca a transformar la caridad privada en deber público<sup>60</sup>,

<sup>60</sup> Una idea aproximada de los 16 preceptos aprobados puede obtenerse consultando en Wikipedia la entrada «Liberal Welfare Reform (1906-1914)». Hasta qué punto el pobre de solemnidad depende de temperamentos —como el mendigo claustrófono, el psicópata y el débil mental— lo puso de relieve el hecho de ser su erradicación el objeto más inmediato de las medidas, y al tiempo lo más resistente a ellas. Atendiendo a datos oficiales, entre 1910 y 1914 —con una inversión próxima a los 70 millones de libras —unas 20.000 de las actuales— pasaron de ser 916.377 en 1910 a 748.019 en 1915.

sin alterar un respeto por la propiedad privada que según Lloyd George es «un incentivo, un medio y una recompensa, el factor más poderoso no solo para conquistar la riqueza sino el bienestar de una comunidad». El principal argumento contra ella, añade, es que bastaría defendernos de las coerciones y tutelas despóticas del Estado, un peligro innegable y permanente sin duda. Ahora bien, ¿por qué seguir ignorando que amenaza también la libertad cualquier monopolización fraudulenta del dinero, y más directamente aún abandonar al mísero, el enfermo y el anciano?

Amar la libertad lleva consigo amar la paz, defendernos del rencor social justificado, y cuando la polémica alcanza su clímax —a propósito del Presupuesto de 1909, que obliga a disolver el Parlamento y deja tocada a la cámara de los Lores— tendrá ocasión de ironizar a costa de algunos laboristas, pues «se suman a los Lores en el reproche de que las pensiones solo correspondan a quien se pasó la vida trabajando». Más habitual es verse interpelado por grupos que le llaman ladrón por detraer parte de su sueldo para acceder al *welfare*, a quienes responde con un mudo juego de manos —el entonces famoso «cuatro por nueve»— para precisar la proporción que paga el empleado y la aportada por el empleador y el Fisco.

Los liberales contaban aún en sus filas con el gran economista y sociólogo J. A. Hobson (1858-1940), que había desmontado pieza por pieza la llamada eficiencia imperial de Shaw y sus seguidores. Para Hobson se trata de «un nacionalismo tanto más perverso cuanto que inconsciente»<sup>61</sup>, una tesis que los años treinta reconfirmarán introduciendo la edad de oro para el totalitarismo nacionalista. Sin embargo, a medida que pasan los años se torna más evidente para un hombre de

<sup>61</sup> Cf. Hobson 2009 (1902). Aconsejada por Disraeli, «Gran Bretaña ha gastado sumas enormes para “forzar” nuevos mercados, logrando solo mercados pequeños, precarios y nada lucrativos. El único resultado seguro y tangible de dichos gastos fue indisponernos con los países que eran precisamente nuestros mejores clientes y con los que, a pesar de todo, nuestro comercio realizó los progresos más satisfactorios» (pág. 82). Lenin quiso presentar su opúsculo *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1917) como epílogo al estudio de Hobson, y en algunas ediciones (entre ellas la española) así sigue sucediendo. No se aclara en tales casos que un texto está inspirado por Cobden y el otro por Marx. Además de decisivo para Keynes por su análisis del subconsumo, con el cual concluye su *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, Hobson fue también una fuente de inspiración para Weber y Schumpeter, sobre todo a través de una obra anterior, *Fisiología de la industria* (1889).



su formación que la riqueza de Inglaterra está siendo disipada en función de cierta estafa, y prefiere la honradez elemental de MacDonald a la connivencia de los Gabinetes liberales con un rearme ruinoso. La estafa alimenta fantasías como que el país pueda considerarse arruinado por la partida comparativamente mínima de su *Welfare Reform*, silenciando un gasto cien veces más gravoso —en realidad, incompatible con seguir creciendo— impuesto por el lobby del Almirantazgo y la Corona para «garantizar intereses británicos vitales».

Según Dangerfield, solo después de formar su primer Gobierno fueron informados Asquith y Lloyd George de que pactos inapelables y secretos comprometían a multiplicar por seis la flota de guerra, y fue el propio monarca quien les expuso el asunto como materia de seguridad nacional suprema, donde cualquier filtración —incluso a otros ministros— supondría procesamiento por alta traición. Cabe imaginar el disgusto del brujo galés en ese momento, cuando era todavía el titular de Hacienda, pues al escalar los últimos peldaños hasta la cúspide del poder descubría lo ridículo de un esfuerzo por cuadrar las cuentas públicas con el exceso representado por 18 millones de libras anuales, cuando el secreto proyecto de la Patria era gastar mucho más hasta poder lanzarse al expolio de Alemania<sup>62</sup>.

Se cuenta también que ofreció su dimisión inmediata, y que solo largas conversaciones con el premier Asquith le convencieron de seguir. En todo caso, a sus virtudes no se añadía una fortaleza de ánimo inmovible, y quizá ni siquiera renunciar a la esperanza de acabar arreglándolo todo con mano izquierda. De ahí que cuanto más fue creciendo su influencia más dominado se fue viendo por los acontecimientos<sup>63</sup>,

<sup>62</sup> La construcción de buques superacorazados movidos por turbinas (*dreadnoughts*) se aceleró en 1905, al fundarse la Triple Alianza. En 1909 Inglaterra disponía de 22 y Alemania de 13; en 1911 la proporción era de 32 a 21, y haciendo un último esfuerzo la proporción se amplió a 42 y 26 respectivamente. Parte de la estafa denunciada por Hobson consistía en acusar a las Potencias Centrales de la carrera armamentística, cuando era Inglaterra quien año tras año botaba más buques de esa naturaleza —el doble justo en 1912 y 1913—. Hasta qué punto confiaban los alemanes en una solución negociada lo indica consentir esa desproporción cuando tenían más capacidad industrial, y una cuenta corriente mucho más saneada. Una amplia información ofrece el artículo «Dreadnought» en Wikipedia.

<sup>63</sup> El retrato de Keynes, su asesor en la Conferencia de Versalles, es casi tan feroz como el de Wilson, merced al mismo procedimiento de comparar al hombre visible con el íntimo. Poco antes de concluir la reunión Lloyd George objetará a Clemenceau que su rigor convertirá Alemania en un Estado bolchevique, y recibe como respuesta

y más urgido a pactar esto o aquello a condición de seguir ocupando altos cargos públicos.

La tradición liberal podía renovarse en varios aspectos, pero en ningún caso prefiriendo la guerra al comercio —como exigían los planes de la Triple Alianza—, y el mago de la simpatía y el progresismo acabó cargando con lo más ingrato: participar decisivamente en la mayor carnicería de los anales humanos, contribuyendo a una guerra mundial que llevaba por fuerza a otra más atroz aún. Como Stuart Mill, y el resto de los corazones divididos por la inclinación simultánea a rechazar y bendecir la pobreza, cultivó un *sí aunque no* que los reñidos con el comercio sintetizan de modo más enérgico en el lema *tanto peor tanto mejor*, justamente lo inverso y por eso mismo apenas distinto a la hora de cosechar frutos. En el caso de Lloyd George, las más altas instancias y las más abyectas —el populacho proclive a linchar foráneos— coincidían en exigir que Inglaterra siguiera imperando, y cumplir la reforma del bienestar hubo de simultanearse con la ruina derivada de acorazados inmensos, todos ellos chatarra para desguace cuando llegaron los portaviones.

---

del anciano que «otra cosa cargará a Francia con el bolchevismo». En este estado se encontraban las negociaciones cinco meses después de empezar, con un Wilson incapaz de percibir que sus famosos *14 Puntos* de 1918 —aceptados por Alemania como marco para pedir la paz— carecían de nexo alguno con lo convenido un año después en Versalles, donde la llamada Cláusula de Culpabilidad comprometió a pagar 100.000 toneladas de oro, renunciando de paso a gran parte de su industria y sus medios de transporte. Cf. Keynes, 2004, págs. 86-97.